Octubre, número cero

Con frecuencia leo o escucho que Rafael Alberti y María Teresa León fundaron la revista *Octubre* en 1934 y que su difícil andadura se ciñó a cinco salidas con seis números (el 4-5 fue doble), lo cual implica, entre otras cosas, una notable inexactitud cronológica y la llamativa omisión de su *Adelanto.*

Lo de la cronología se explica pronto y carece de discusión, a no ser que algún erudito demuestre (todo pudiera) la radical falsedad de los datos estampados en las cubiertas de los números, 1, 2, 3 y 4-5, donde respectivamente se dan las fechas de junio-julio, julio-agosto, agosto-septiembre, y octubre-noviembre de 1933. Sólo el sexto corresponde al treinta y cuatro, y aun eso más bien a medias, porque encima de la indicación «abril, 1934» parece otra, tachada pero perfectamente legible, con la de «diciembre-enero, 1934», la que correspondía a la periodicidad bimensual de la revista, cuyo retraso, en frase no por tópica menos exacta, respondería a nada amables imperativos de Gobernación:

> Una parada, un alto en la revista *Octubre,* no podían ser sino impuestos. La suspensión de nuestros propósitos de trabajo la dio una orden gubernamental. Ignoramos por qué...[1]

Así pues, la cosa no deja de resultar paradójica, pues paradójico es datar la fundación de una revista precisamente cuando desaparece. Esto de la cronología y las inexactitudes tal vez parezca cuestión de escasísima monta, y hasta es posible que lo sea, pero eso no justifica las dataciones caprichosas ni es síntoma, contra lo que a veces parece insinuarse, de genialidad en la interpretación de los textos. Más bien suele suceder al contrario: un desaliño suele reflejarse en el otro y viceversa. Además, en último caso, nunca hay razones para reinventarse cronologías o citar como al desgaire, perpetuando toda suerte de imprecisiones, mientras se simula tener los textos a tiro de ojo sobre la mesa.

En fin, vayamos con la cuestión del *Adelanto,* cuyo escamoteo o casi sistemático olvido ya va resultando injustificable, en especial porque, aunque a destiempo, ha sido reproducido en facsímil. Haré brevísimo cuento de tal historia.

[1] Puertas adentro, *nº. 6, p. 2.*

El «Adelanto de la revista *Octubre*»

Cuando en 1977 salió la reimpresión facsimilar de la revista *Octubre*, reimpresión que adolece de algunos descuidos bien censurables (incluso hay páginas cambiadas de número), inmediatamente reparé en que la reproducción se limitaba a los seis volúmenes ya referidos, haciéndose caso omiso de un *Adelanto* al parecer no encontrado aunque sí conocido, pues Enrique Montero, prologuista de *Octubre* y eficaz impulsor de aquella magnífica «Biblioteca del 36» de la editorial alemana Topos Verlag y Ediciones Turner, daba en su texto rápida cuenta del mismo con estas palabras:

> Antes de la aparición de la revista propiamente dicha, los redactores lanzaron un adelanto que se llamó precisamente *Adelanto de la revista de Octubre*. De formato de periódico e impresa en mal papel. Tenía dos folios y llevaba, entre otras contribuciones, poemas de Alberti y Aragón[2].

Así pues, en Topos Verlag/ Turner no habían dispuesto de ningún ejemplar del *Adelanto* a pesar de las minuciosas búsquedas de Enrique Montero, investigador de probada capacidad y exhaustivo conocimiento de los fondos bibliográficos españoles del período, conservados en las bibliotecas no ya nacionales sino también europeas. Y es que debido a sus nada propicias características (gran formato y pésimo papel prensa, débil y en extremo quebradizo), podía razonablemente suponerse que apenas habría llegado a salvarse un contadísimo número de los sin duda muchos *adelantos* impresos, en su mayor parte repartidos en mano en la calle o a la salida de centros de trabajo o agrupaciones obreras, circunstancias que con toda probabilidad determinarían la casi inmediata destrucción de gran parte de la tirada.

Sin embargo, y como siempre sucede, mediaron las correspondientes excepciones, y por fortuna para mí, una de esas excepciones me salió al encuentro en forma de llamada por teléfono desde Alicante. Allí, en aquella ciudad, un combatiente republicano enterró en un baúl de metal su biblioteca nada más concluida la guerra. Y al cabo de los años, en 1977, la ponía a mi incondicional disposición. Gravemente enfermo, de ningún modo quería que se perdiese y, con generosidad que nunca pude ni podré pagar, me la regaló. Ni siquiera me dijo su nombre.

Por mi parte, hice entonces lo menos que debía hacer: entrar en contacto con los editores de la reimpresión facsimilar de *Octubre* para ofrecerles el magnífico ejemplar del *Adelanto* que la fortuna había depositado en mis manos. El cual, por supuesto, fue por ellos reproducido, con una notita de Enrique Montero, al cabo de muy pocos meses de llegar a las librerías el resto de la revista.

Tal edición, sin embargo, no ha bastado para sacar del olvido aquella publicación, y esto, creo yo, obedecería en sustancia a dos razones: lo exiguo de la tirada, cifrada en contados centenares de folletos, y al inevitable handicap de que *Octubre* y su *Adelanto* saliesen en volúmenes independientes y en distinta fecha, lo que a su vez determinó que bastantes bibliotecas públicas, donde las recibieron por separado y sin apa-

[2] *Edición cit.*: «Octubre: *revelación de una revista mítica», introducción de Enrique Montero, pp. 15-16.*

rentes nexos de relación, procedieran a ficharlas como obras distintas, que sólo de esa manera, por más extraño que en principio parezca, acierto a explicarme no pocos olvidos o, mejor dicho, clamorosos despistes. Y de ahí, para corregirlos, las siguientes notas. Unas notas, pues, en lo fundamental descriptivas.

★

Impreso en Madrid, sobre un papel prensa de ya subrayada bajísima calidad, en un formato de 32 x 44 cm. y con el título estampado en llamativas letras rojas y negras, el *Adelanto,* dos hojas aprovechadas por ambas caras que se vendían a 20 céntimos, hizo acto de presencia en la calle en la crucial festividad del 1º. de mayo de 1933, siendo para empezar voceado y repartido a la salida de los mítines y manifestaciones celebrados en dicha fechas.

Y lo primero, por supuesto, era una rotunda declaración de principios, una declaración cuya ausencia siempre habían lamentado los estudiosos en general de la época y, más en concreto, quienes de uno u otro modo abordaron el tema del compromiso de los intelectuales y, en especial, el de la significación de Rafael Alberti y su compañera María Teresa León. Recordaré por ello sus cinco puntos básicos; a saber:

1º.) *Octubre* no será la revista minoritaria de ninguna agrupación. Al contrario, *Octubre* aspira a convertirse en el órgano de todos los escritores y artistas revolucionarios que, afirmándose en tal condición, quisieran colaborar en sus páginas. Precisando más: *Octubre,* de manera voluntaria, renuncia a ser, *por ahora,* se matizaba, el portavoz oficial de la recién creada Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios, pero según se creía conveniente aclarar tampoco era una disidencia. Ni muchísimo menos, sus redactores estaban lógicamente a favor de la U.E.A.R. (y escribo *lógicamente* porque ellos formaban, y poco más que a ellos se ceñía, el círculo de sus impulsores) e incluso se atrevían a recomendar «a todos los camaradas la agrupación en sus filas». Con tales matices, de nada escaso calibre, procede reconocer que la declaración de independencia no dejaba de manifestarse, valga la paradoja, muy dependiente, aunque menos, eso sí, de lo que la crispación de los tiempos hubiese podido legitimar. No conviene perder de vista ninguna de estas dos apreciaciones, complementarias y mutuamente iluminadoras ambas.

2º.) La revista seguía la declaración, aceptaba los puntos aprobados en el Congreso de Kharkov, celebrado tres años antes, en 1930; éstos: a) explícitamente y con decisión se manifestaba contra la guerra imperialista; b) en sentido positivo, apostaba sin ambigüedades por la Unión Soviética, alineándose en paralelo contra el fascismo; y c) *Octubre,* en tanto que órgano intelectual, lucharía al lado del proletariado.

(Éstas cuatro premisas quedarían en lo sucesivo incorporadas a la cabecera de la revista, debajo de la indicación «Escritores y Artistas Revolucionarios», conformando una especie de sucinta declaración de principios que rezaba así: «*Octubre* está contra

la guerra imperialista, por la defensa de la Unión Soviética, contra el fascismo, con el proletariado»).

3º.) En cuanto a la literatura, *Octubre* prometía combatir «todas las formas y las expresiones de la literatura burguesa», haciéndolo más con persuasión que con destemplanza, sin desbocamientos y al margen de posturas maximalistas o irresponsables. Instalados en el método del materialismo dialéctico, sus redactores apuntarían al objetivo de «descubrir a los ojos de los jóvenes escritores y artistas las fallas y la caducidad del dominio burgués» para conseguir atraérselos al campo de la revolución.

4º.) En lógica correspondencia con el propósito subrayado en el punto precedente, *Octubre* se anunciaba como cabal exponente del desarrollo de la literatura revolucionaria en el mundo, aspecto al que pensaba dedicar una muy preferente atención informativa especialmente volcada a la situación de la literatura y el arte en la Unión Soviética. Allí, seguía la declaración, triunfante el socialismo, «los problemas y el desarrollo del arte siguen una marcha distinta».

y 5º.) Para concluir, una afirmación/ negación en directo lanzada contra la concepción artística propia de la burguesía: nada de castas intelectuales superiores ni de exclusividades sociales o políticas en el terreno de la creatividad. Frente al elitismo de las publicaciones elaboradas por y para los profesionales de la literatura o el reducido círculo de *los cultos, Octubre* daría en pie de igualdad cabida en sus páginas a «correspondencias obreras, impresiones de las fábricas y del campo, artículos de lucha» y otros materiales de similar factura. «Nuestra misión», insistían los redactores, consiste «en acoger estos balbuceos de un arte incipiente y estimular a sus autores, adiestrarlos con nuestros conocimientos y nuestras experiencias para poder enriquecer la literatura proletaria de mañana».

En consecuencia, la «Declaración de principios» recién glosada esclarece de modo definitivo el papel que *Octubre* aspiraba a llenar de una manera consciente y bien meditada. Contra el sentir de algunos críticos, la empresa, planificada a partir de unos presupuestos teóricos muy claros, tenía los objetivos establecidos desde el comienzo, lo cual puede verificarse con sencillez si se procede a leer los seis números de la revista a la luz de los puntos más arriba señalados.

Repárese, verbigracia, en la inicial negativa a convertirse, autolimitando su potencial campo de penetración social, en el órgano «minoritario de ningún grupo», manifestando en contrapartida el firme propósito de brindar posibilidades de expresión al conjunto de los escritores revolucionarios, entendiendo por tales no sólo a los que militasen en determinados partidos o agrupaciones, sino también a quienes, a partir de posturas independientes, mantuvieran una actitud progresista, término éste si se quiere bastante ambiguo por amplio, pero dado el signo sectario de los tiempos precisamente en eso radicaba su mejor virtud. Que así se explican las incorporaciones, tan valiosas, de Emilio Prados, Luis Cernuda, Pedro Garfias y Arturo Serrano Plaja o la para muchos todavía desconcertante colaboración del mismísimo Antonio Machado, autor imposible de captar para el proyecto de haberlo basado en otra actitud.

A dicha postura de flexibilidad, manifestada con énfasis desde el comienzo, no debió ser, a mi juicio, ajena la experiencia de la fraterna AEAR francesa, la Association des Escrivains et Artistes Revolutionnaires, en cuyo seno influían decisivamente poderosas personalidades, al estilo de André Gide o Romain Rolland, significadas por su acentuadísima independencia de criterios y bastantes libres o *heterodoxas* respecto a las políticas oficiales de los partidos comunistas. Rafael Alberti y María Teresa León, rodeados de un círculo de amistades muy amplio y poco amante de los crispaciones exclusivistas, es de suponer que insistiesen con singular empeño en atenerse, dentro de lo posible (nadie debe olvidar la difícil situación general, gravemente enconada en muy poco tiempo), a un criterio de flexibilidad y amplitud de miras, buscando en lo fundamental, antes que enfatizar posturas abocadas al aislamiento, ensanchar la capacidad de penetración de la revista y ampliar hasta el máximo su nómina de colaboradores.

Dicha consideración no impidió, por supuesto, el fundamental influjo alemán y soviético, aunque conviene matizar que esa preponderancia resultaba ya patente en los sectores más inquietos de la joven intelectualidad revolucionaria española desde finales de la década de los veinte, período (por aportar un dato en sí mismo al menos relativamente suficiente) en que el peso en la balanza de las traducciones se inclinó del lado de la literatura soviética, natural sustituta de la literatura rusa, y de las narraciones antibelicistas alemanas, que anularon, barriéndolos, el tradicional predominio de algunos autores franceses, con *Sin novedad en el frente* de Eric María Remarque espectacularmente a la cabeza de todos los índices de ventas, pues fueron más de 100.000 ejemplares los colocados en muy pocos meses.

En este sentido, *Octubre* se limitó a insistir y profundizar en una dirección ya marcada con pronunciado sesgo, la de la literatura comprometida que, entonces, en línea directa condujo a lo que daría en llamarse la corriente de *literatura proletaria.* O para ser más exactos, diciéndolo con su propia y bien matizada expresión, a la *incipiente* tendencia de la literatura proletaria, entendiendo por tal, no ya la producida por los escritores revolucionarios, o al menos no sólo esa, sino también, y quizá sobre todo, la que surgiese de *la extensa red de corresponsales obreros y campesinos* en que los impulsores de la revista querían basar su desarrollo, propósito en la práctica reducido a casi nada tanto por insuficiencia de medios como por falta de tiempo o precocidad del intento, porque las circunstancias para llevar a cabo una empresa de tal calibre sólo estarían maduras, según demuestra la historia, durante los desenfrenados años (entiéndase lo de *desenfrenados* en el mejor sentido: culturalmente sin frenos, esto es, plurales y, en un plano social, abiertos) de la guerra civil, cuando *El mono azul,* de poner un ejemplo, hizo parcial realidad, realidad por desgracia difícil y efímera, el sueño colectivista de *Octubre,* revista precursora —y muy precursora— en muchos aspectos.

Y fue esa evidente *incipiencia* de la llamada *literatura proletaria* en España lo que indujo a los editores de *Octubre,* puestos en el trance de mostrar la viabilidad de

ADELANTO DE LA REVISTA

OCTUBRE

ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

(1808)

GOYA, contra la guerra de invasión

S. O. S.

Todos, escritores, artistas, intelectuales de todas clases, todos en auxilio de los parados de la Tierra, de los trabajadores que luchan por la revolución y se mueren de hambre.

6 millones de hombres,
12 de manos muertas,
de ojos descejarrados por la angustia,
la miseria y el hambre que agrandan por las noches la invasión de las horas lentas del odio y el insomnio.

Y el cielo se pregunta por el humo
y el humo por el fuego
y el fuego de las fábricas por el carbón que espera dejar de ser al fin paredón muerto de las minas.

Los parados del mundo se levantan,
crecen,
se empinan los parados como el mar,
se derrumban,
se levantan
y crecen.

10 millones de hombres,
20 de brazos tristes,
como ramas sin lluvia,
caídos,

Fragmento de la primera página del núm. cero de la revista *Octubre*

sus proyectos, a recurrir, con valor de ejemplaridad, a textos y autores procedentes de la, en contraste, *abundante* literatura proletaria soviética, corriente representada en el *Adelanto* por un canto popular sobre Lenin y un cuento de S. Tarssevitch, escritor presentado como exponente del grupo de obreros «que en el frente de la literatura proletaria triunfarán de todas las dificultades y enfermedades de crecimiento y crearán en un plazo mínimo la literatura digna de aquellos que, entre luchas y privaciones, abren el camino de una sociedad socialista sin clases».

En consonancia con tal propósito, desde la revista se probó desmitificar la figura del intelectual, entre vanguardistas y *deshumanizadores* situada en las más inalcanzables nubes, y trató de crearse un clima de sincera colaboración con los lectores. En acertada apreciación de J. Lecner, una de sus características sobresalientes la constituyó «el hecho de que colaboraran fraternalmente en las mismas páginas los poetas más importantes y ya consagrados, y hombres totalmente desconocidos, pertenecientes a capas que antes no solían asomarse ni se atrevían a enviar sus escritos a las revistas literarias»[3]. Con esta actitud *Octubre* contribuyó de modo decisivo a preparar el ambiente de solidaridad y mutua colaboración que posteriormente se extendería entre las capas más progresistas de la intelectualidad y los sectores populares revolucionarios.

Bien, además de lo hasta ahora expuesto, aún creo conveniente resaltar otros dos textos de este hoy por hoy todavía bastante desconocido *Adelanto*.

El primero es un manifiesto, con veintiocho firmas, denunciando las difíciles circunstancias a que se veía sometida la intelectualidad alemana. Entre quienes signaron el documento, encabezados por García Lorca, figuraban Rodolfo Halffter, Luis Buñuel, Manuel Altolaguirre, César Vallejo y, lógicamente, los Alberti y el escaso puñado de autores que componían el núcleo fundacional de la UEAR española, cuya primera actividad pública de cierta repercusión sería, con toda probabilidad, ésta. Situándose en tal perspectiva, el manifiesto en cuestión representa un hito.

En segundo término merece ser subrayada la circunstancia de que, con Rafael Alberti y María Teresa León, en el *Adelanto* sólo colabora otro escritor español, el novelista social César Muñoz Arconada, que aporta un interesante artículo sobre las dificultades que hacían inviable el sueño de crear una poderosa industria cinematográfica nacional, cuestión, a juzgar por la muestra, sometida a discusión casi desde los orígenes. (Lo cual, si bien se considera, debe llenar de optimismo a quienes en la actualidad andan desveladamente ocupados en sacar adelante ese sueño: el sueño lleva unos setenta años de crisis, pero ahí está, resistiendo con una envidiable mala salud).

Alberti, por su parte, colaboró con un poema, «S.O.S.», precedido por una brevísima prosa llamando a los intelectuales para que se movilizasen en apoyo de los parados, y casi con absoluta certeza podemos considerar suya la traducción de *La toma del poder* de Louis Aragón[4]. De María Teresa León es un extenso artículo «Extensión y eficacia del teatro proletario internacional» a propósito del teatro proletario en el panorama internacional, título que responde al de un folleto que anunciaba en las

[3] *J. Lecner,* El compromiso de la poesía española del siglo XX. *Leiden, Universitaire Press, 1968.*

[4] *El poema en cuestión debía formar parte del libro* Los comunistas tienen razón, *una de las muchas obras en su momento anunciadas por unas Ediciones Octubre de mínimo desarrollo aunque de gran ambición inicial. Jamás he logrado ver esa edición e incluso llegué a pensar que nunca salió, pero Enrique Montero, en su prólogo a la reedición de* Octubre, *cita un artículo de Rosario del Olmo* (La libertad, *Madrid, 18 de junio de 1933) que induce a suponer lo contrario, aunque el folleto en cuestión, al menos para mí, continúe oculto.*

Ediciones Octubre, destinado a permanecer como tal inédito aunque por fortuna no sucediese lo mismo con su contenido, dado a conocer mediante una serie de artículos publicada en el diario *La libertad* (Madrid) durante los meses de mayo y junio de 1933.

Junto a los Alberti y Arconada, en el *Adelanto* únicamente participa otro autor de lengua española: el poeta peruano Xavier Abril, prologuista de *Consignas*,el mítico primer libro de poesía revolucionaria de Rafael Alberti, obra inaugural de las Ediciones Octubre[5], y fugaz miembro del comité de la revista, pues en el número 3 se comunicó a los lectores su apartamiento del cargo «por razones ideológicas profundas». En cualquier caso, él y Arconada debieron configurar con Rafael Alberti y María Teresa León, sin duda las piezas claves, el equipo que básicamente afrontó el lanzamiento de *Octubre*.

Señalaré para concluir que el *Adelanto* presenta, aparte de las diferencias de papel y formato, una variente fundamental respecto a la que luego sería la imagen característica de la revista. Me refiero a la casi total ausencia de fotografías o dibujos. Sus ilustraciones se limitan a la reproducción en primer página de un grabado de Goya. Si consideramos el propósito de sus impulsores de no crear una —otra— publicación elitista, escrita por y para los intelectuales, con facilidad podrá comprenderse la urgente necesidad de corregir esa presentación, que reducía mucho sus posibilidades de difusión entre los sectores populares, pues en el campo, hasta donde ellos aspiraban a llegar, aún se mantenían índices de analfabetismo de cierta consideración. Por eso alcanzaría luego tanta importancia la parte gráfica. El propio Rafael Alberti glosaría su eficacia, en su discurso ante el I Congreso de los escritores soviéticos (1934), al rememorar sus viajes por las zonas más rurales del país: con frecuencia, dijo, encontraba «en los muros de las casas, recortadas y pegadas, las fotos que publicamos»[6]. Ese fue otro de los aspectos en que *Octubre* se anticipó, marcándoles un camino, a las publicaciones *populares* de su tiempo.

En fin, el sumario del *Adelanto*, detallado a pie de página[7], da exacta cuenta de la posterior realidad de la revista, una revista de agitación y propaganda pero de indudable calidad literaria y artística, presidida por una manifiesta voluntad de penetración social, lo que nunca debe perderse de vista a la hora de juzgar su contenido o presentación, y dispuesta a no rehuir, antes al contrario, las graves urgencias del momento. Para decirlo con palabras de Bergamín, *Octubre* fue un *transparente cristal de su tiempo*. Y todo ello ya está presente en el *Adelanto*.

Gonzalo Santonja

[5] Consignas, *con once poemas y treinta y dos páginas, está presidido por una bien elocuente cita de Lenin: «La literatura debe ser una literatura de partido». El prólogo de Xavier Abril lleva por título «Poesía, revolución».*

[6] *Rafael Alberti, «Discurso al I Congreso de los escritores soviéticos», en* Commune, *París, nº. 13-14, septiembre-octubre de 1934.*

[7] *Rafael Alberti,* «S.O.S.; *Declaración de principios»; Xavier Abril, «Nuestro saludo al proletariado en el 1º de mayo»; en favor de nuestros camaradas: protestamos contra la barbarie fascista que encarcela a los escritores alemanes», manifiesto (p. 1); una encuesta de* New Masses; *Marx,* Los que se incorporan; *André Gidé,* Carta a la juventud soviética; *Waldo Frank,* Cómo vine yo al comunismo; Los escritores y artistas franceses contra el fascismo *(p. 2); María Teresa León,* Extensión y eficacia del teatro proletario internacional; *Louis Aragón,* La toma del poder; Lord Byron y la lucha social de su tiempo *(fragmento) (p. 3); S. Tarssevitch,* Mi máquina; abril y enero, canto popular del Uzbékistan; *César M. Arconada,* Cinema: ¿es posible un cine español? *(p. 4).*